

MOORE (TRES POEMAS)

MARIA VICTORIA ATENCIA

Sé poco de John Moore. Sé, apenas, lo que una ficha de enciclopedia resume de su expediente militar. Que nació en Glasgow, en 1761. Que ingresó en el ejército en 1776 y que hizo la campaña de América del Norte y tomó parte en las expediciones contra Gibraltar y Córcega. Que luchó en la India, en 1796, y contra los rebeldes de Irlanda en el 98, y en el 99 contra los franceses en Holanda, y en el 1 en Egipto, y en el 6 en Sicilia y en el 8, al frente de 10.000 hombres, contra Francia, Dinamarca y Rusia, en ayuda de Suecia... Enviado más tarde a Portugal reunióse con el general Baird y avanzó hasta Salamanca. Pero, acosado entre Soult y el propio Bonaparte, el primero de ellos lo alcanzó en La Coruña el 16 de enero de 1809 y fue herido de muerte en la refriega.

Sé poco más: que yace en la ciudad que lo vio en su agonía, en un jardín de mirtos en el que el viento de la mar repite aún los elogios de Wellington por el heroísmo celta. Y que hay un alto mirador allí, y a su izquierda los versos de Rosalía, y los de Wolfe a su lado.

Moore se incorpora al mundo de Rosalía, y el poema de ella gira en torno a un enterramiento lejos de la patria, como el de aquellos emigrantes que ya entonces dejaban —y aún dejan— Galicia para siempre. Por eso el poema de Rosalía está lleno de una resignada conformidad femenina que sabe ver en la alfombra la huella del pie ausente, y que consuela a Moore diciéndole lo gentil de su tumba.

Hay otro poema, el del Rvdo. Charles Wolfe, nacido en Dublín en el 1791 y educado en el Trinity College de su ciudad, ordenado en 1817 y muerto a sus treinta y dos años en Queenstown, Irlanda. Tras de leer la muerte de Moore narrada por Southey, Wolfe escribió este poema que entusiasmaba a Byron y que aún se aprende de memoria en los colegios de Inglaterra.

Traduzco a Rosalía y a Wolfe. Y agrego un poema mío, por añadir siquiera una voz del Sur al homenaje.

THE BURIAL OF SIR JOHN MOORE AT CORUNNA

Not a drum was heard, not a funeral note,
As his corse to the rampart we hurried;
Not a soldier discharged his farewell shot
O'er the grave where our hero we buried.
We buried him darkly at dead of night,
The sods with our bayonets turning;
By the struggling moonbeam's misty light,
And the lantern dimly burning.
No useless coffin enclosed his breast,
Not in sheet nor in shroud we wound him,
But he lay like a warrior taking his rest
With his martial cloak around him.
Few and short were the prayers we said,
And we spoke not a word of sorrow;
But we steadfastly gazed on the face that was dead,
And we bitterly thought of the morrow.
We thought as we hollowed his narrow bed,
And smoothed down his lonely pillow,
That the foe and the stranger would tread o'er his head,
And we far away on the billow!
Lightly they'll talk of the spirit that's gone
And o'er his cold ashes upbraid him,—
But little he'll reck, if they let him sleep on
In the grave where a Briton has laid him.
But half of our heavy task done
When the clock struck the hour for retiring;
And we heard the distant and random gun
That the foe was sullenly firing.
Slowly and sadly we laid him down,
From the field of his fame fresh and gory;
We carved not a line, and we raised not a stone—
But we left him alone with his glory.

Charles Wolfe

EN EL ENTIERRO DE SIR JOHN MOORE

Ni un redoble se oyó, ni un solo compás fúnebre:
subimos su cadáver a la escarpa con prisa
y ni un soldado hizo la salva de ordenanza
sobre el enterramiento que ofrecimos al héroe.

De noche y a escondidas le dimos sepultura
removiendo la tierra con nuestras bayonetas.
La turbia luz de un rayo de luna se esforzaba
y daba la linterna su lumbre mortecina.

No le contuvo el pecho ningún torpe ataúd
ni en sábana o mortaja llegamos a ceñirlo.
Yacía como es propio que repose un soldado:
envuelto en su capote militar solamente.

Pocas y breves fueron allí nuestras plegarias.
Ni una sola palabra de pésame dijimos.
Pero su muerto rostro miramos con fijeza
pensando amargamente en el incierto día.

Pensando —al excavarle un estrecho camastro
y al mullirle una almohada con nadie compartida—
que sobre su cabeza hollarían extraños
y enemigos, en tanto que el mar nos distanciaba.

Vanamente hablarían de un alma ya ausentada,
acusándolo encima de sus restos ya fríos.
Pero no ha de importarle mientras pueda seguir
su descanso en la tumba que le excavó un britano.

Llevábamos mediada la penosa tarea
cuando sonó la hora de nuestra retirada.
Iba la artillería de largo alcance oyéndose
en el fuego que, terco, hacía el enemigo.

Despacio y con tristeza lo bajamos allí,
recién vuelto, sangrante, del campo de su fama.

Ni una línea grabamos, ni una piedra erigimos.
Nos marchamos dejándolo a solas con su gloria.

Trad. de María Victoria Atencia

**Na tumba do xeneral inglés
Sir JOHN MOORE,
morto na batalla de Elviña (Coruña)
ó 16 de xaneiro de 1809**

A miña amiga María Bertorini,
nativa do país de Gales.

Coruña, 1871

¡Cuán lonxe, cánto, das escuras niebras,
dos verdes pinos, das ferventes olas
que o nacer viron, dos paternos lares,
do ceo da patria que o alumou mimoso,
dos sitios, ai, do seu querer; qué lexos
viu a caer baixo enemigo golpe
pra nunca máis se levantar, coitado!
¡Morrer así en estranxeiras plaias,
morrer tan mozo, abandonala vida
non farto aínda de vivir e ansiando
gustar da froita que coidado houbera!
¡I en vez das ponlas do loureiro altivo
que do héroe a testa varonil coroan,
baixar á tumba silenciosa e muda...!

¡Ouh brancos cisnes das britanas islas!,
¡ouh arboredos que bordás galanos
dos mansos ríos as ribeiras verdes
i os frescos campos donde John correra...!
Si a vós amargo xemidor sospiro
chegou daquel que no postreiro alento
vos dixo ¡adiós! con amorosas ansias
a vós volvendo o pensamento último
que da súa mente se escapaba inxele,
¡con qué pesar, con qué dolor sin nome,
con qué estrañeza sin igual diríades
tamén ¡adiós! ó que tan lonxe, tanto,
da patria, soio, á eternidá baixaba!

I o gran sillón, a colgadura inmóvil
do para sempre abandonado leito,
a cinza fría do fogar sin lume,
a branda alfombra que leal conserva
do pe do morto unha sinal visibre,
o can que agarda polo dono ausente
i o busca errante por camiños ermos,
as altas herbas da alameda escura
por onde el antes con solás paseaba,
o sempre igual mormoruxar da fonte

**En la tumba del general inglés
Sir JOHN MOORE,
muerto en la batalla de Elviña (La Coruña)
el 16 de enero de 1809**

A mi amiga María Bertorini,
nacida en el país de Gales.

La Coruña, 1871

¡Qué lejos ya de las oscuras nieblas,
los verdes pinos, las hirvientes olas
que lo vieron nacer, de su familia,
del amoroso cielo de su patria,
de los sitios que tanto amó, qué lejos
vino a caer bajo enemigo golpe
para no alzarse, desdichado, nunca!
¡Morir así por extranjeras playas,
morir tan joven y dejar la vida
no lleno aún de vida y ansiando
gustar el fruto que cuidado hubiera!
¡Y desdeñar las láureas que coronan
la varonil cabeza de los héroes,
por una tumba silenciosa y muda...!

¡Oh blancos cisnes de islas britanas;
oh frondas que gentiles bordeáis
de mansos ríos las riberas verdes,
los frescos campos donde John corriera...!
Si el amargo gemido suspirante
os alcanzó de aquel que con su aliento
os dijo adiós con amorosas ansias,
enviándoos el pensamiento último
que de su muerte se escapó sencillo,
¡con qué pesar, con qué dolor sin nombre,
con qué extrañeza sin igual diríais
también adiós al que tan solo, y lejos
de su patria, a lo eterno descendía!

Y el gran sillón, la colgadura inmóvil
del lecho para siempre abandonado,
el frío hueco del hogar sin lumbre,
la blanda alfombra que leal conserva
del pie del muerto la señal visible,
el perro que aún aguarda su retorno
y lo busca vagando en los caminos,
la hierba alzada en la alameda oscura
por donde paseaba su contento,
el siempre igual murmullo de la fuente

donde el nas tardes a sentarse ña...,
 ¡cál falarían sin parar de Moore,
 co seu calado afrixidor linguaxe,
 ós ollos, ¡ai!, dos que por él lloraban!
 ¡Xa nunca máis, xa nunca máis, ouh triste,
 ha de volver onde por el esperan!
 Partéu valente a combatir con gloria.
 ¡Partéu, partéu...!, e non tornôu, que a morte
 segóuno alí nos estranxeiros campos,
 cal frol que cai onde a semilla súa
 terra n'atopa en que arraigar poidera.

Lonxe caíche, pobre John, da tomba
 onde cos teus en descansar pensaras.
 En terra allea inda os teus restos dormen
 i os que te amaron e recordan inda,
 mirando as ondas do velado Océano,
 doridos din, desde as nativas praias:
 “¡Aló está el, tras dese mar barvío;
 aló quedóu, quisáis, quisáis por sempre;
 tomba onde naide vai a chorar, cobexa
 amadas cinzas do que nós perdemos...!”
 I os tristes ventos i as caladas brisas
 que os mortos aman si lexanos dormen
 do patrio chan, a refrescarte veñen
 do vran na noite calorosa, e traen
 pra ti nas alas cariñosas queixas,
 brandos suspiros, amorosos ecos,
 algunha bágoa sin secar, que molla
 a seca pedra do mausóleo frío,
 do teu país algún perfume agreste.

¡Mais qué fermoso e sin igual morada
 lle coupo en sorte ós teus mortales restos!
 ¡Quixera Dios que para ti non fora,
 nobre estranxeiro, habitación allea!
 Que n'hai poeta, ensoñador esprito
 non pode haber que ó contemplar no outono
 o mar de seca amarillenta folla
 que o teu mausóleo con amor cobexa,
 que ó contemplar nas alboradas frescas
 do mes de maio as sonrosadas luces
 que alegres sempre a visitarche veñen,
 non diga: “¡Asín cando eu morrer, poidera
 dormir en paz neste xardín frorido,
 preto do mar..., do cimenterio lonxe...!”
 Que ti n'escoitas en jamás, ¡ouh Moore!,
 choros amargos, queixumbrosos rezos,

donde al atardecer iba a sentarse...,
 ¡cómo hablarán de Moore continuamente
 con su lenguaje afligido y mudo
 a los ojos de cuantos le lloraban!
 ¡Ya nunca más, ya nunca más, oh triste,
 ha de volver donde por él esperan!
 Partió valiente a combatir con gloria.
 Partió sin regresar, porque la muerte
 lo segó allí por campos extranjeros,
 como la flor cuya semilla cae
 sobre una tierra en que arraigar no puede.

Lejos caiste, oh pobre John, del sitio
 familiar que soñabas por reposo.
 En tierra ajena aún duermen tus restos
 y quienes te quisieron y recuerdan,
 al ver las ondas del velado Océano,
 dolientes dicen desde sus orillas:
 “ ¡Allá estará, tras de ese mar bravío;
 allá quedó, sin duda para siempre;
 sepulcro en el que nadie irá a llorarle,
 de quien perdimos las cenizas guarda...!”
 Y el triste viento, la callada brisa
 que aman los muertos si lejanos duermen
 del suelo patrio, a refrescarte llegan
 del verano por las ardientes noches,
 trayendo en vuelo cariñosas quejas,
 blandos suspiros, amorosos ecos,
 una reciente lágrima que moja
 la seca piedra de la tumba fría,
 algún silvestre aroma de tu tierra.

¡Pero qué hermosa y sin igual morada
 le cupo en suerte a tus mortales restos!
 ¡Consienta Dios que para ti no sea,
 noble extranjero, habitación extraña!
 Que no hay poeta, ensoñador espíritu
 no habrá que mientras mire en el otoño
 el mar de seca, amarillenta hoja
 que con amor cobija tu sepulcro,
 que al contemplar en las auroras frescas
 del mes de mayo las rosadas luces
 que a visitarte vienen jubilosas,
 no diga: “ ¡Así tuviera tras mi muerte
 la paz de este jardín entre sus flores,
 cerca del mar..., lejos del cementerio...!”
 Que nunca llegas a escuchar, oh Moore,
 amargos llantos, quejumbrosos rezos,

ni os outros mortos a chamarte veñen
 pra que con eles na calada noite
 a incerta danza dos sepulcros bailes.
 Só dose alento do cogollo que abre,
 da frol que mucha o postrimeiro adiose,
 loucos rebuldos, infantiles risas
 de lindos nenos que a esconderse veñen
 sin medo a ti tras do sepulcro branco.
 I algunha vez, ¡moitas quizáis!, sospiros
 de ardente amor que o vento leva donde
 Dios sabe só..., por sin igual compañía
 dichosos tes na habitación postreira.
 ¡I o mar, o mar, o bravo mar que ruxe
 cal ruxe aquel que te arrolou na cuna,
 mora onda ti, ven a bicar as pedras
 dun chan de amor que con amor te garda
 i arredor teu deixa crecelas rosas!
 ¡Descansa en paz, descansa en paz, ouh Moore!
 E vós que o amás, do voso honor celosos,
 fillos de Albión, permanecéi tranquilos:
 terra fidalga é nosa terra —tanto
 cal linda Dios a quixodar—; ben sabe
 honra faser a quen merece honra,
 i honrado así, cal merecéu, foi Moore.
 Soio no está no seu sepulcro; un puebro
 co seu respeto compasivo vela
 polo estranxeiro a quen traidora morte
 fixo fincar lonxe dos seus, i a alleos
 vir a pedir o derradeiro asilo.

Cando do mar atravesés as ondas
 i ó voso irmán a visitar vaidades,
 poñé na tomba o cariñoso oído,
 e si sentís rebuligar as cinzas,
 e si escoitás indefinibles voces,
 e si entendés o que esas voces digan,
 a ialma vosa sentirá consolo.
 ¡El vos dirá que arredor do mundo
 tomba mellor que a que atopou n'achara
 sinón dos seus antre o amoroso abrigo!

Rosalía de Castro

ni vienen otros muertos a llamarte
 para que en el silencio de la noche
 bailes la incierta danza de las tumbas.
 Sólo el aliento del capullo que abre,
 el adiós de la flor que se marchita,
 las bulliciosas risas infantiles
 de lindos niños que a esconderse vienen
 sin miedo a ti detrás del mármol blanco.
 Y alguna vez, ¡muchas quizá!, suspiros
 de ardiente amor que el viento lleva donde
 sólo Dios sabe, tienes por vecinos,
 los más felices, de tu cuarto último.
 ¡Y el mar, el mar, el fiero mar que ruga
 como aquel que en la cuna te arrullaba,
 viene hasta aquí para besar las piedras
 del amoroso suelo que te guarda
 y en torno a ti deja crecer las rosas!
 ¡Descansa en paz, descansa en paz, oh Moore!
 Quienes lo amáis, de vuestro honor celosos,
 hijos de Albión, permaneced tranquilos:
 tierra hidalga es la nuestra, cuanto hermosa
 nos la quiso dar Dios, sabe rendirle
 debido honor a quien honor merece,
 y honrado así, cual mereció, fue Moore.
 No está solo en la tumba; todo un pueblo
 con su respeto compasivo vela
 al extranjero a quien traidora muerte
 hizo caer tan lejos de los suyos
 para buscar reposo en suelo ajeno.

Cuando del mar atraveséis las ondas
 y a vuestro hermano a visitar vayáis,
 prestad atento oído a su sepulcro,
 y si sentís moverse sus cenizas,
 y si escucháis indefinibles voces,
 y si entendéis lo que esas voces digan,
 sentiréis en el alma su consuelo.
 ¡El os dirá que alrededor del mundo
 tumba mejor no hallara en parte alguna
 salvo el cobijo amante de los suyos!

Trad. de María Victoria Atencia

EPITAFIO

Aquí yace John Moore,
muerto de noche y frío y fiebre y plomo,
o sólo de una oscura tristeza anticipada.

El puño de su sable ulceró su agonía
—no quiso desceñirse—
y su sangre cayó entorpeciendo el suelo.

Para cubrir su herida excavaron un surco
del tamaño de un hombre, aproximadamente,
y a la tierra lo echaron, como el que dice, a tuestas.

Sus soldados huyeron sobre un mar de delfines
y sólo entonces supo
la razón de su muerte.

Descansa en paz, oh Moore.
Que, por decir tu nombre,
brille como una lámpara mi voz ante tus ojos.

María Victoria Atencia